

DIOS CREE EN TI

Piero Coda
Saverio Gaeta

DIOS CREE EN TI



Ciudad Nueva

1ª edición: febrero 2019

Título original:

Dio crede in te. Perché vale la pena di prenderlo sul serio

© Piero Coda

© Saverio Gaeta

© 2019, Editorial Ciudad Nueva

José Picón, 28 - 28028 Madrid

www.ciudadnueva.es

Traducción:

Antonio Paneque

Edición:

Aurelio Romero

Diseño de cubierta y maquetación:

Antonio Santos

I.S.B.N.: 978-84-9715-425-3

Depósito Legal: M-3.819-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos con un libro en el que Piero Coda, del que hasta ahora hemos ido sacando en nuestra editorial libros temáticos, nos va interpellando en lo más profundo de nuestro ser a través de respuestas, precisas y para nada trilladas, a preguntas a veces desconcertantes pero que seguramente cada uno de nosotros estaríamos deseando realizar a alguien sentado en un sillón frente a nosotros y que tuviera, como nuestro conocido teólogo, la capacidad de responderlas sin prisas, sin recurrir a lugares comunes ni a evasivas.

El repertorio de preguntas, realizado por un conocido escritor, periodista y vaticanista italiano, Saverio Gaeta, es muy amplio y bien articulado. Aprovecha la coyuntura de algunas publicaciones que en Italia dieron bastante que hablar y las usa como pretexto para darle fuerza a muchas de las preguntas afiladas que dirige a Piero Coda. Las respuestas de este, aun sirviendo de aclaración a los interrogantes planteados, van mucho más allá de la polémica y se adentran en el terreno de lo más auténtico cristiano y humano, trascendiendo las coordenadas espacio-temporales en las que son pronunciadas.

Pero adentrémonos en el contenido de las respuestas para exponer brevemente un hilo conductor o, más bien, la base sobre la que, a mi humilde entender, Piero Coda construye el entramado de sus respuestas.

Piero Coda afronta la cuestión de Dios de manera directa y sin medias tintas, y dice que la cuestión es existencial antes que

teórica, puesto que toca la fibra más recóndita de la existencia del hombre. Podríamos incluso atrevernos a decir que la persona humana «es» dicha pregunta sobre Dios, y que si las mujeres y hombres de hoy dejaran de preguntarse acerca de Dios, su personalidad quedaría bloqueada en su expresión, realización y destino. Podemos decir que el agudo y doloroso malestar existencial que constatamos en muchos contemporáneos nuestros se debe a la falta de respuesta a esta cuestión clave sobre el sentido último de la vida. Se hace necesario proponer hoy la cuestión de Dios con mayor firmeza, de una manera genuina y honesta, con apertura de espíritu y sin prejuicios.

Y esta cuestión es universal, pues todas las grandes civilizaciones han nacido a partir de una precisa experiencia de Dios llevada a cabo por los seres humanos, es decir, de una manifestación de Dios, a la que responde una toma de actitud por parte del hombre. No es lícito contraponer dos órdenes de conocimiento totalmente separados: uno que se eleva desde el hombre y otro que desciende desde Dios. Más bien hemos de descubrir la reciprocidad circular existente entre ambos.

Estamos sumidos en una situación histórica que no conoce precedentes. Las religiones mundiales, en efecto, se han revestido de los rasgos del mundo contemporáneo tanto a nivel histórico como geográfico. En estas últimas décadas, y de un modo creciente, gracias sobre todo a los medios de comunicación y a los descomunales movimientos migratorios, las religiones empiezan a encontrarse y contrastarse entre sí. Todo esto representa un desafío enorme a la imagen cristiana de Dios, que está llamada a reencontrar en la originalidad del acontecimiento de la revelación en Jesús la posibilidad de dialogar y de interpretar teológicamente el significado del pluralismo de las religiones en el único proyecto divino de salvación. Esto implica la dilatación de las categorías de comprensión propias del cristianismo, que

hasta ahora estaban modeladas en su mayoría por el encuentro con la filosofía griega y las culturas de los pueblos de Occidente, a una escala más universal y más coherente con el acontecimiento de Jesús.

La teología contemporánea subraya igualmente que en todas las tradiciones religiosas está presente la acción del Espíritu. En efecto, si es cierto que el Espíritu fue derramado en plenitud por medio de Jesús crucificado y resucitado en el acontecimiento de Pentecostés, no lo es menos que desde el momento de la creación actúa y colma de vida todo el universo, inspirando a los profetas y a los buscadores de Dios, como hace ver el Antiguo Testamento. Así pues, en toda tradición de fe, aun a pesar de sus limitaciones y posibles desviaciones, es posible captar la presencia del Espíritu de Dios, que dirige hacia Jesús. Desde el punto de vista de la fe cristiana, hemos de insistir en que Jesús –puesto que todo fue creado en él, por él y para él– ha de ser contemplado en cualquier caso como la plenitud de la revelación y como el centro hacia el que confluyen y del que parten los rayos de luz y de vida espiritual que animan desde dentro a las diferentes experiencias religiosas.

No podemos separar creación de revelación y redención, pues, en el momento en que crea, Dios comienza a revelarse a sí mismo porque lo creado es espejo de su vida; y en la acción de crear y revelarse, lo mueve también el proyecto de redimir, o sea, liberar al ser humano de toda forma de esclavitud y conducir a la plenitud la obra de sus manos. En la historia de la salvación, esta mutua interdependencia entre el crear, el auto-comunicarse y el liberar del mal se va entrelazando cada vez más a fondo; tan es así, que en el Nuevo Testamento el acontecimiento de Jesucristo es presentado con estas tres connotaciones de forma simultánea. Cristo es el «alfa y omega» del universo, en él todo lo creado es redimido y en él reside todo origen y destino.

Sin perder de vista que la fe cristiana es indudablemente de corte monoteísta, es decir, comporta la fe en un Dios que es «uno», hemos de afirmar que, por definición, el Dios que propugna el cristianismo es un Dios trinitario, ya que es, al mismo tiempo y de forma indisoluble, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La fe en Dios Trinidad expresa un Dios que es libertad y alteridad, como llamada y propuesta a poner en común la vida y a realizar una convivencia más intensa. Hablamos de un Dios que aún está por descubrir y «experimentar». En el prólogo del Evangelio de Juan, allí donde dice «en el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios», emerge la mayor revolución no solo espiritual, sino también cultural, de todos los siglos: Dios es en sí mismo comunión de personas, o sea, unión de realidades que son distintas, pero «una» en su distinción y en su amor recíproco. Es una afirmación extraordinaria que, consecuentemente, viene a decir que también los hombres y mujeres creados por Dios son diferentes a él pero, en Jesús, gracias al don del Espíritu, son llamados a vivir en plena libertad y comunión con él y entre sí.

El Padre cuyo nombre revela Jesús no es un Dios paternalista, un Dios que proteja al hombre casi hasta el punto de sofocarlo. Ni mucho menos un Dios que pueda ser instrumentalizado por el hombre para su propio uso y consumo, como si fuese «el tapa-agujeros de nuestros vacíos, aquel que solventa los problemas que nos quedan por resolver», como escribió el teólogo evangélico Dietrich Bonhoeffer desde el campo de concentración en que se hallaba recluido. Por el contrario, es un Dios cercano, presente y siempre disponible, que desea hacer madurar la identidad y la responsabilidad de sus hijos. Recordemos la parábola de los talentos (cf. *Mateo* 25,14-30), en la que Jesús anuncia un Dios que aguarda una respuesta libre, adulta y madura de sus hijos, y esto pasa por asumir la propia responsabilidad en primera persona, desde el interior de la trama poliédrica, y en ocasiones no exenta de riesgos, de la historia.

Es preciso tener el coraje de abrirse a lo «nuevo», adentrándose de ese modo en el itinerario desconocido que se abre de par en par ante nosotros en el seguimiento de Jesús. Sin este «éxodo», sin cortar los lazos con la existencia de antes, no hay un verdadero encuentro con Dios.

Aurelio Romero
Editor

Índice

<i>Introducción</i>	5
Dios te quiere precisamente a ti	11
El retrato robot del Padre	55
¿Y si la fe tuviera razón?	107
La identidad de la Iglesia y el diálogo	159
En la encrucijada entre el bien y el mal	215